

Con el Mazo dando

Chus Villarroel O.P.

Este verano he reflexionado mucho sobre el cristianismo que vivieron mis padres, abuelos y demás ancestros en la montaña leonesa desde hace siglos. Sus creencias religiosas formaban parte de una tradición religiosa fuerte y arraigada que engendraba seguridad en la vida y en la hora de la muerte. Tales convicciones les hacía estoicos y resignados ante cualquier evento desgraciado, muy frecuentes, a la vez que experimentaban el gran consuelo que les proporcionaba la fe.

El cristianismo en el que estaban enraizados formaba hombres honrados y virtuosos, sufridos, entregados a la causa de la familia y el trabajo. En mi pueblo la ocupación de la mayoría de los varones era el ganado trashumante que año tras año subían y bajaban a Extremadura. Esto creaba una subcultura pastoril en la que vivían inmersos y facilitaba la conservación de las tradiciones. En el chozo, al anochecer, se rezaba el rosario y se leían libros, siempre de temas piadosos. La cultura religiosa de algunos pastores crecía a lo largo de los años de manera admirable. En el pueblo, durante el invierno, permanecían únicamente, las mujeres, los niños y los ancianos, dirigidos por el maestro y el cura.

Esta espiritualidad tan pacificadora es admirable porque, si ahondamos en el tema, nos damos cuenta de que se acercaba, sin caer, al viejo semipelagianismo que corroe desde antiguo el genuino hecho cristiano. No era una religión de gratuidad sino que cargaba pesos pero dentro de una ortodoxia suficientemente consoladora. Era lo que se predicaba en aquel entonces y, por otra parte, funcionaba, ya que les

proporcionaba paz y seguridad llenando a la vez todos sus huecos y carencias en orden a la trascendencia y al más allá. La muerte, el juicio, el infierno y la gloria y el resto de las postrimerías, a las órdenes de la esperanza en el más allá, les ahorraba todos los problemas metafísicos que les pudieran sobrevenir.

Como digo esta seguridad religiosa tenía su precio. Consistía en la fidelidad a unos principios y mandamientos que, de no cumplirse, se transformaban en amenaza. La salvación había que ganársela. Es cierto que estamos salvados por Jesucristo pero la colaboración y el esfuerzo personal a esa obra salvadora era incuestionable. El pecado, el descuido, la tibieza, la falta de sacrificio, disminuían los méritos hasta el punto de poder perder la gracia que era la garantía de la salvación. No había nada gratis. Nuestra voluntad tenía que estar implicada en el proceso de nuestra salvación no sólo acogiendo la gracia sino poniéndole un cauce sine qua non. La condenación acechaba de continuo a causa de cualquier deseo, pensamiento y obra. Para estar tranquilos en el esquema religioso dominante era necesario mantener una respetable cultura y un suficiente nivel ascético. Los libertinos que jugaban con cosas tan serias no eran demasiado bien vistos.

La preocupación principal estaba en el pecado. Librarse del pecado era el tema fundamental. De él podían venirnos muchos peligros. La gracia se daba por supuesta y la recibía todo aquel que colaboraba con ella mediante las obras buenas. Los más sensibles intentaban además crecer en la virtud creando hábitos buenos de comportamiento. Estos hábitos o virtudes servían para alejarse definitivamente del pecado y para ganar méritos granjeándose de esa forma la salvación y la vida eterna. Algunos incluso aspiraban a ocupar altos lugares en el camino de la perfección y por ende en el cielo del más allá.

Al principio del verano pasé quince días en un pueblo llamado Prioro, muy cercano a Tejerina, lugar donde yo nací. Después de los largos paseos que dábamos por las mañanas, subiendo picos y collados, solíamos

pasar, al llegar al pueblo, por un bar para mitigar la sed con otra cosa que no fuera agua. Con frecuencia acudía a nuestro lado un hombre, ya mayor, antiguo pastor de las cabañas de mi familia, a charlar con nosotros. Conociendo mi condición de sacerdote, le encantaba hablar de temas religiosos. Pronto nos dimos cuenta de que citaba de continuo a un tal Mazo y, para salir de dudas, le preguntamos:

-¿Qué es o quién es el tal Mazo del que siempre nos habla?

-Pues el libro con el que aprendimos la religión todos los niños y jóvenes de la montaña. Pero, ¿usted no lo conoce?

-No. Le respondí.

-Pues pregunte en su pueblo y verá cómo todos los de su edad lo conocen.

Cada vez que me veía me saludaba con la misma cantinela.

-¿Ha preguntado en Tejerina por el Mazo?

En efecto, pocos días más tarde, en una tertulia con los primos carnales que me quedan en el pueblo hice la consabida pregunta:

-Vosotros sabéis algo de un libro de religión que se llamaba Mazo?

-Pues claro. Lo conocemos todos y seguro que habrá todavía alguno en el pueblo.

Uno me explicó:

-Era un comentario al catecismo del P. Astete que explicaba y profundizaba cada una de las cuestiones. Era muy bueno. Lo malo es que sólo había un par de ejemplares en todo el pueblo y pasaban de casa en casa.

Con el entusiasmo de mi gente comencé a interesarme más por el tal Mazo pero, por más que indagué, no pude encontrar ningún ejemplar. Con esto se me acabaron las vacaciones, volví a Madrid, entre de lleno en la JMJ y se me olvidó totalmente el Mazo. Hete aquí, sin embargo, que, a

finales de agosto tuve que predicar una semana de oración para un grupo carismático de Madrid. Dicha semana tenía lugar en Santiago de Compostela y asistía a ella una de las chicas que estuvieron conmigo en Prioro. Un día llega con un paquetito y me dice: “mira que regalo más bonito te traigo”. Le abrí y ante mis ojos apareció un libro viejo, con manoseo de generaciones, titulado: **“Catecismo explicado”, por el licenciado D. Santiago José García Mazo.** ¡Qué maravilla, el Mazo en mis manos! Se lo agradecí un montón a la chica. Lo había encontrado en unos almacenes de libros antiguos. Le costó diez euros.

Nada más abrirlo me di cuenta de que era un libro mucho más importante de lo que me habían dicho en mi tierra. Fue publicado en 1837 y se vendieron en sucesivas ediciones cientos de miles de ejemplares¹. A estos datos oficiales hay que añadir el pirateo inmisericorde al que fue sometido con continuas tiradas furtivas y traducciones y ediciones fraudulentas en bastantes países extranjeros. En Francia y en Portugal tuvo una amplísima difusión. La formación de las sucesivas generaciones cristianas de más de un siglo, más o menos hasta el final de la segunda guerra mundial, fue confiada a la teología e ideas de este libro.

Su autor es un hombre apasionado pero sin histerismos. Se lee muy a gusto aun fuera de su tiempo. Es ágil, vibrante, moderno. El autor pasa a veces de una tercera persona didáctica a un tú a tú que dialoga en segunda persona con el lector. Es un gran comunicador. No me extraña que leído en familia, como se hacía en mi pueblo, o en los chozos de las majadas y dehesas, reafirmara en los corazones la fe sencilla aunque exigente que les daba vida. Digo sencilla porque las normas, los mandamientos y las diversas clases de pecados estaban perfectamente catalogados y nadie se podía llevar a engaño. Refiriéndome a esta perfecta catalogación de pecados escribí una anécdota en alguna otra parte que viene bien repetir aquí. Dije:

¹ El ejemplar que cayó en mis manos se definía así: *“Catecismo explicado de la doctrina cristiana”,* por el Licenciado D. Santiago José García Mazo, Magistrado de la Santa Iglesia Catedral de Valladolid. Edición 26, Valladolid 1892, 589 páginas.

“Las calles de mi pueblo son tan pindias que, a trechos, los coches tienen que subir en primera. Yendo un día mi madre a la iglesia, se cruzó, en el Boquero, con tía Bea, una viejina de 85 años, dos más que mi madre. Tía Bea bajaba pensativa y taciturna. Al llegar donde mi madre, le espetó por único saludo:

-Mujer, Felisa, ¿tú crees que nos salvaremos?

-Pero, Bea, ¿cómo sales ahora con esas cosas?, contestó mi madre, pues claro; toda la vida la hemos pasado intentándolo.

-Ya, pero con este nuevo pecado que han sacado ahora...

-¿Qué pecado?

-Pues el de omisión, mujer, el de omisión

Tía Bea tenía perfectamente controlados todos los pecados posibles. Sabía que por ninguno de ellos se iba a condenar. Pero cuando le oyó al cura joven hablar del pecado de omisión, se turbó su conciencia... El problema era que el pecado de omisión no estaba en el Mazo; ahí son todos de comisión. Las palabras “omisión”, como su correlato “compromiso”, son palabras de la teología moderna engendrada en el Vaticano II.

Una vez terminada la semana de oración leí el libro entero acuciado siempre por el mismo interrogante: ¿Habrán sido mis padres y abuelos herejes? No es que me conturbe el tema o que piense en alguna posible condenación o algo semejante. Nada de eso; más bien pienso que eran santos y con mucha gracia de Dios. Sin embargo, la pastoral de aquellos tiempos, y el Mazo lo atestigua, rozaba el semipelagianismo. Aún sin caer en él, como veremos, y a pesar de su fidelidad, pienso que no disfrutaron de la alegría y la libertad del espíritu, sometidos a una teología castradora en la que el peso del pecado y de la cruz, el temor servil de Dios y una serie de represiones morales, lastraron sus vivencias de fe.

Vivieron de la gracia y la valoraban en sus vidas pero muy mezclada con elementos adulterantes. Lo que la pastoral de la época les robó es la claridad de que el cristianismo es una religión de gracia. Somos cristianos por gracia y nos salvamos por gracia, no por méritos propios. El ser humano por sí mismo no está capacitado para ver a Dios ni entrar en su intimidad ni esta vida ni después de la muerte a no ser que reciba ese plus de divinidad que le hace entrar en el consorcio de Dios. Tan cualificante es ese plus recibido por medio de Jesucristo que nos hace capaces de ser partícipes nada menos que de la naturaleza divina. Como el hierro en la fragua se pone incandescente sin dejar de ser hierro, así el alma humana adquiere la vida de Dios sin dejar de ser humana.

El tema está en cómo se relaciona la gracia con el actuar del hombre. Santo Tomás de Aquino dice como principio general que la gracia actúa sobre la naturaleza del hombre sin destruirla ni sustituirla. Al contrario, la perfecciona y ennoblece haciéndola más humana. Esta interacción ha sido distintamente vivida y explicada a través de la historia. Yo voy a estudiar cinco formas de interacción entre las que está la que propugna el Mazo y otra que es la que yo creo verdadera.

a) Forma pelagiana

Según Pelagio la relación de lo sobrenatural con la naturaleza es mínima porque elimina la acción de la gracia. Este hombre era británico, tal vez irlandés, alto y bien constituido que comenzó a hacerse notar hacia el año 400. Se trasladó a Roma desde su tierra natal con su discípulo Celestio y ambos impugnaron duramente a San Agustín y a su doctrina sobre la gracia que defendía la iniciativa divina de la salvación. Culpaban a dicha doctrina de la relajación de costumbres en el pueblo y en el clero romano. La frase agustiniana que más satirizaban era la de: “Dame, Señor, lo que me pidas y pídemelo lo que quieras”. Para San Agustín el principio de la salvación está en Dios y el hombre nada puede hacer si no acoge esta gracia. Según Agustín la salvación es un hecho sobrenatural.

Pelagio reaccionó duramente. Como guiado por un hada maléfica, el año 410, tuvo que huir a Cartago donde Agustín tenía su feudo y allí tuvieron duras controversias. Eran de la misma edad. Parece que ambos nacieron en el 354. Su tesis era que la naturaleza humana sin ayuda de ninguna gracia especial estaba dotada por el Creador con la capacidad de merecer el cielo mediante sus buenas obras. Era un hombre ascético y rígido, lo mismo que su discípulo Celestio. Tal vez debido a este temperamento, ponía el énfasis en las obras de santidad que el hombre puede hacer por sí mismo. Según él, la gracia venía ya incluida en la propia naturaleza de cada hombre al nacer. Jesucristo había venido para ser nuestro modelo y así salvarnos imitándolo. Evidentemente, con esta doctrina tenía que negar, entre otras cosas, el pecado original.

Esta visión afectó a la entraña más íntima de la fe y toda la Iglesia surgió en contra de ella. San Agustín escribió rápidamente varios libros en contra². Su respuesta se resume en esta frase: “La tragedia de Pelagio es que nos presenta a Jesucristo como un modelo cuando es un don”. Pelagio no captó la dimensión del don. Fue rápidamente condenado por la Iglesia y, según sus adeptos, muy perseguido, aunque de esto no hay constancia. Huyó de Cartago a Palestina si bien no fue bien recibido ni por San Jerónimo en Belén ni por el obispo Juan de Jerusalén.

b) Forma luterana

Lutero representa el extremo contrario del pelagianismo. Era un fraile agustino que vivió de 1483 a 1546. El día 31 de octubre de 1517 es considerado como la fecha de nacimiento de esta corriente herética porque en ella Lutero clavó sus 95 tesis contra varias doctrinas católicas en la puerta de la Iglesia de Todos los Santos en Wittenberg, Alemania. Niega cualquier mérito a cualquier obra humana en el tema de nuestra salvación. La justificación delante de Dios no viene por ninguna obra buena hecha por el hombre sino sólo por la fe. Esta fe en Cristo es una gracia del cielo que activa en nosotros toda la obra salvadora del misterio pascual. La fe en esta salvación gratuita, no sólo nos une a Cristo, sino que

² Sobre todo “De natura et gratia” y “De peccatorum meritis”.

implica un proceso de crecimiento en el amor y en la esperanza, es decir, en nuestra santificación.

Este tema se hace extremo en Lutero porque al negar el valor de las obras y del mérito personal desencarna la salvación, la hace extrínseca y niega la gracia santificante. Nos hace a todos miembros de la misma tarifa plana. Los que creen en Cristo se salvan pero ninguno es mayor que otro en gracia. Por eso no acepta la peculiaridad de la Virgen y de los santos, niega parte de los sacramentos y cubre el pecado como con un manto pero sin sanarlo. La fe anestesia la muchedumbre de los pecados pero quedan ahí sin confesión ni tratamiento personalizado. De ahí que los protestantes, aun siendo gente de fe, viven una salvación triste ya que el pecado, aunque perdonado, permanece dentro haciendo una difícil digestión. No saben qué hacer con la persistencia de la debilidad y pobreza humanas.

La gratuidad de la salvación excluye las obras, los méritos, sacrificios, expiaciones, penitencias y toda clase de esfuerzos ascéticos para hacerse grato a Dios. Por eso criticó a la Iglesia por la cuestión de las indulgencias, la venta de perdones y cargos eclesiásticos. De ahí que rechace al Papa, la existencia del purgatorio y la multitud de devociones, incluida la propia vida religiosa a la que pertenecía.

Su doctrina se resume en cuatro frases latinas:

1) **Sola gratia**. La gracia de Cristo es lo único que nos salva. Las obras no son principio de salvación

2) **Sola fides**. La gracia nos da la fe que nos justifica.

3) **Sola Scriptura**. La Escritura es la única fuente de revelación y norma de vida. La tradición de la Iglesia y su magisterio son, más bien, fuente de corrupción.

4) **Solus Christus**. El único fundamento de la fe es Jesús. Creyendo en él somos salvos.

Evidentemente el Mazo y mis antepasados y la gente de mi tierra no son ni pelagianos ni protestantes. La mayoría de ellos es posible que nunca oyeran hablar de Pelagio. En cambio sobre Lutero y el protestantismo seguro que mucho en tono despectivo. Lo que hoy día se llama ecumenismo estaba muy lejos de las conciencias de entonces que no podían ni captarlo; lo hubieran considerado más bien una traición. A Lutero no se le concedía ni siquiera el beneficio de la duda sino que se le veía como un hereje excomulgado. La pastoral del momento en la que incurre el Mazo se afirmaba con gozo en la dura crítica a todo lo que oliera a herejía, fuera de quien fuera. La propia postura, y en esto abunda el Mazo, se daba como la más limpia y pura ortodoxia.

Sin embargo, continuemos examinando otras diversas formas y posturas ante el tema que traemos entre manos:

c) El Semipelagianismo.

Esta tendencia se originó con los restos dispersos del naufragio pelagiano. Afirmaba la necesidad de la gracia final para salvarse pero había que merecerla ya que, el inicio de la salvación y demás actos conducentes a ella, se debían al esfuerzo humano. Los semipelagianos eran hombres santos, que erraron en un tiempo en que la Iglesia no había definido suficientemente la doctrina católica sobre la gracia. Perteneían a los monasterios de San Víctor de Marsella y de Lerins (Francia), y cabe destacar entre ellos al abad Juan Cassiano, a Vicente de Lerins y a Fausto de Riez³. En la lucha de San Agustín con Pelagio algunos no aceptaron de pleno lo dicho por el teólogo de Hipona, principalmente lo que se refería a la espinosa cuestión de la predestinación. Estos propusieron que el hombre tiene el poder suficiente para dirigirse a Dios en busca de ayuda, encaminarse a la fe, desear la salvación, o la orientación hacia la fe, sin

³ Fausto, obispo de Riez, murió con fama de santidad pero después de muerto fueron condenadas algunas de sus doctrinas sobre la gracia. Lo mismo le pasó a los compañeros. Se les sigue venerando, no obstante, en la región marsellesa y en toda la Provenza. En la Iglesia oriental sucedió algo semejante con Teodoro de Mopsuestia, seguidor, en un principio, del propio Pelagio.

que sea necesaria la intervención de la gracia divina. Por ello, la predestinación eterna dependía de la voluntad humana en la medida que hubiera perseverado hasta el final, sin necesidad alguna de intervención de un don especial para lograrlo.

El magisterio de la Iglesia recogió las tesis de San Agustín condenando el Semipelagianismo en el concilio de Cartago en el 518, aprobado por el Papa Zósimo en 521, y en el concilio de Orange del 529 aprobado por Bonifacio II el mismo año. Sin embargo, esta corriente ni fue ni es fácil de destruir. La idea de que la gracia hay que merecerla es muy natural y está muy extendida. Según este sentir, solo aquellos que hacen de su parte lo que tienen que hacer son dignos de la gracia. De una forma o de otra la idea es muy antigua y se halla presente en bastantes padres de la Iglesia. Hasta que San Agustín no lo clarificó, el problema se mantenía larvado en muchas conciencias. Hoy en día a muchos cristianos les parece lógica esta postura, en la praxis de algunos movimientos está presente, y se rechaza con facilidad cualquier acepción de gratuidad. Según esta gente el comportamiento del hombre es decisivo para recibir y mantener la gracia a lo largo de toda la vida. Es el hombre, en definitiva, el que decide su justificación final.

Este voluntarismo crea hombres rígidos y duros, siempre al acecho y en cautela contra cualquier amenaza de pecado. Condicionan la gracia de Dios al comportamiento, con lo que hacen difícil comprender el evangelio de los pobres y aquel en que los publicanos y las prostitutas nos precederían en el reino de los cielos. Este clasismo y elitismo espiritual, que se alimenta de la propia competencia y suficiencia, le quita a Dios la libertad de dar su gracia y benevolencia a quien quiera y cuando quiera. La Iglesia católica teóricamente no pasa por ahí y está suficientemente aclarada. El Papa y los Concilios en el tema de la gracia nunca se han equivocado ni siquiera dudado, pero en la práctica y en la pastoral corriente, se crean las condiciones para que la mayoría de los cristianos

vivan semipelagianamente. De hecho los iniciadores del Semipelagianismo han sido condenados por la Iglesia pero venerados y revitalizados en distintas épocas, corrientes y movimientos de reforma. Esta praxis y, por ende, doctrina, son tan sinuosas que hasta el mismo Santo Tomás de Aquino fue semipelagiano en sus primeras obras según la opinión del cardenal Cayetano⁴, compañero de Orden.

En las comunidades y conventos a lo largo de los siglos la doctrina semipelagiana ha hecho estragos. Ha creado costumbres, normas y comportamientos que ensalzaban la rigidez, el cilicio y variadas prácticas ascéticas confundiéndolas con la cruz de Nuestro Señor Jesucristo. En algunas épocas cobraban estas actitudes un crédito enorme, también delante del pueblo; ahora, sin embargo, el descrédito es grande y afecta al testimonio que se puede dar desde los claustros. No se vivía del amor de Dios y de su misericordia. Si, al fin y al cabo, la gracia final va a depender de nosotros, lo importante es conquistar nuestra perfección que nos llevará a la victoria final.

Evidentemente, el semipelagianismo hace desaparecer al Espíritu Santo o le hace tributario de un sistema de rígidas exigencias morales. Más bien pasa a ser una figura decorativa. Si nos basta con nuestras propias fuerzas, ¿para qué le necesitamos? Aunque el triunfo final sea obra de la gracia sólo se dará cuando pueda convalidarse por nuestras buenas obras. Me dirá alguno, ¡pero en todas las épocas ha habido santos! Sí, es cierto, pero no por la teología pelagiana sino a pesar de ella. El

⁴ Thomas de Vio Caietanus, en *Sancti Tomae Aquinatis, Doctoris Angelici, Opera Omnia*. Roma 1892, p. 300a y 301ab. Cayetano 1469-1534, de la época, pues, de Lutero, vivió trescientos años después de Santo Tomás. Era también dominico. Nació en Gaeta, Italia. Gran estudiante, profesor y comentarista genial de Santo Tomás. Fue elegido Maestro general de los Dominicos a los 37 años. Se enfrentó repetidas veces a las teorías de Lutero.

Espíritu es muy capaz de superar las distintas culturas y convencionalismos de las épocas y hacer hombres con corazón y fe de niño donde él obra su obra.

¿Era semipelagiano el cristianismo de mi pueblo? Cuando yo era sacerdote joven algunas personas mayores me sermoneaban y me inducían a tomar toda clase de cautelas ante la santidad del estado que yo había elegido. Era su santidad la que me querían imponer. A veces me ría sintiéndome a mil leguas de esa gente, aunque eran muy pocos. La mayoría de mi gente pese a que confiaba seriamente en las obras para salvarse tenía un gran respeto por la acción de la gracia. No era un pueblo de escrúpulos aunque todo invitaba a ello. Pienso, y ahora estoy hablando desde el corazón de mi madre, que se daba muchas gracias a Dios por todo, se creía en el signo de la cruz, en la acción de la providencia y en el consuelo de la Virgen de Retejerina y en la de Covadonga. Pese al miedo al pecado y a multitud de moralismos el consuelo de la fe y de un sobrenatural cercano planeaba sobre el quehacer de cada día. Los semipelagianos alejan demasiado lo sobrenatural en beneficio de su propia eficacia.

Uno de los santos a los que más afectó la condenación del semipelagianismo fue a San Benito de Nursia, fundador de los benedictinos y cistercienses. La verdad es que tenemos muy pocos datos sobre su vida a excepción de lo que nos transmitió el Papa San Gregorio Magno que no llegó a conocerlo en vida ya que Gregorio nacía cuando Benito moría, hacia el año 545. Su biografía, que no es comparable a lo que entendemos hoy en día como tal, se basó en el testimonio de algunos monjes muy mayores que le habían conocido.

Según datos y conjeturas tuvo una primera época de rudo pelagianismo en la mejor buena fe. Lo vivía en una áspera soledad boscosa donde se ejercitaba en la más brusca penitencia. Unos monjes de la cercana región de Subiaco quisieron que fuera su superior pero les resultó tan exigente que intentaron envenenarlo con la jarra del vino de la comida. Al cogerla para beber, se le fue de las manos y quedó hecha añicos derramándose el líquido. Cuando todo se supo, Benito renunció al cargo y compañía de tales solitarios.

Esto sucedía hacia el 521 al tiempo que era condenado el Semipelagianismo. El Espíritu Santo le abrió los ojos y Benito se dio cuenta de que quería hacerse santo pero fuera del evangelio. Quería hacerse perfecto sin Cristo, es decir sin la misericordia y compasión, sin darse cuenta de que todo es gracia y viene de arriba. La santidad no es un ejercicio espartano de autodominio, sino la acogida de una gracia en la propia pobreza y en la de los demás.

Fue muy duro para él el cambio que tuvo que realizar, mas, en ese punto, comenzó su santidad. Con un corazón nuevo subió a Montecasino y allí fundó el célebre Monasterio, el más famoso de todos los monasterios de Occidente. Según el Papa, que declaró a Benito patrono de Europa, el monasterio cuna de Europa. La regla que escribió ya no mandaba al infierno a todos los relajados sino que el talante era mucho más tolerante con la pobreza de los monjes. Dice por ejemplo en el capítulo 40 de esta regla: “La cantidad de vino que ha de darse a cada monje sea la de media hemina al día (algo así como medio litro). Mas si por las condiciones del lugar, por el trabajo o por el calor del verano, algunos necesitaran más, puede el abad dárselo con tal de que no se llegue a la saciedad o a la embriaguez”.

Esta amplitud pudo darse porque ya no era para él la rigidez la medida de la santidad sino el don de Dios. Lo importante era aprender a acoger el don de Dios que mediante el Espíritu Santo trabaja nuestro interior. En el prólogo de la Regla nos da un ejemplo exquisito de

gratuidad cuando dice: “Aquel que temiendo a Dios no se envanece por la rectitud de su comportamiento sino que sabe que lo bueno que hay en él no viene de sí mismo sino de lo alto, proclame la grandeza del Señor que obra en él diciendo: *No a nosotros, Señor, no a nosotros, sino a tu nombre da la gloria* (Sal 14, 4).

Otro santo que pudo superar el ambiente semipelagiano que se respiraba en su época fue Santo Domingo de Guzmán, fundador de los dominicos. Murió el año 1221, a los cincuenta años. Se le llamó como a San Pablo “Predicador de la gracia”. Dadas sus terribles disciplinas y otros ejercicios ascéticos parecería que tenía un alma semipelagiana. Aún más, se sabe de cierto que su autor espiritual preferido era Juan Casiano, antiguo monje condenado por su semipelagianismo. Sin duda su época y su mismo fervor le empujaban a destrozarse por Cristo. Lo que no está nada claro es que lo hiciera buscando la salvación personal o su provecho y perfección individual. El Espíritu Santo le salvó dándole una sed y una compasión muy especial por la salvación de los demás. El amor hacia los demás le salvó de mirarse a sí mismo. Al semipelagiano nato los demás le importan poco más bien le estorban en su búsqueda ansiosa de la perfección. Por eso se iban a los desiertos. A Domingo, sin embargo, le interesaban las ciudades, las gentes, los pecadores e incluso sarracenos y paganos.

El hecho de conminar a sus frailes para que nadie sobrevalorara la regla y constituciones es determinante. En Efecto, Domingo les dijo “Si yo me entero que los frailes consideran que las constituciones les obligan bajo pecado, iré por los conventos con mi navaja rompiendo todos los códigos”. Esto quiere decir que los frailes sólo deben buscar la salvación en un encuentro personal con Cristo, único Salvador, y no en sus obras y en sus cumplimientos. Las normas valen para articular la vida en común y deben observarse en aras de ese bien común pero nunca considerar su cumplimiento, aunque sea estricto, como norma de santidad. La santidad viene por gracia y sucede cuando Cristo obra y se va haciendo en nosotros por medio del Espíritu Santo lo cual sucede cuando nos aceptamos como pobres e imperfectos.

Finalmente, quiero hacer un breve comentario de otro santo de los tiempos actuales San Rafael Arnaiz muerto en 1938. Entró en la Orden del Cister aunque no pudo apenas profesar por repetidas salidas y entradas a causa de una grave diabetes que le llevó a la muerte a los 27 años. Nos cuenta sus impresiones del claustro y sus hondas meditaciones interiores que han llegado a mucha gente y le ha granjeado un gran cariño y visitas a su sepulcro.

Se le ha propuesto como modelo para la juventud actual ya que era un chico muy moderno, estudiante de arquitectura, inquieto, viajero, amante de la velocidad y con gestos y lenguaje de actualidad para sus tiempos. La dificultad que veo yo para que arrastre a los jóvenes actuales es su teología. Mejor dicho la teología en la que él fue educado y en la que vivió inmerso. No superó el planteamiento sacrificial de la cruz. Se le ve aplastado por una cruz que acepta hasta el heroísmo pero apenas tiene vislumbres de gratuidad. Vivía la cruz imitando a Jesucristo, expiando sus pecados, ofreciéndola por el mundo pero no gloriosa, a nivel de don y consolada por el Espíritu Santo.

Evidentemente lo que vivía era del Señor que se acomoda a las distintas circunstancias y culturas. Sin embargo, la gente de hoy no se identifica con ese cristianismo martirial. Se lo he tratado de explicar a los jóvenes con los que trato y se quedan fríos. El hermano Rafael, como aún sigue llamándose, les emociona por su juventud, por su heroísmo, por el cultivo de una bella interioridad, por su enorme fidelidad y porque lo dio y lo entregó todo. La exigencia del Dios de Rafael, sin embargo, no les ayuda en su fe. Sigue fascinando el atractivo de una soledad claustral íntima y cerca de Dios. Ahora bien el señorío de Jesús y la gratuidad de su salvación todavía no se habían abierto paso en las conciencias de entonces. El hermano Rafael perteneció a la época del Mazo que vamos a explicar seguidamente.

d) Teología del Mazo

Todavía nos quedan por examinar dos formas, estas ya católicas, de concebir la relación de la gracia con la naturaleza, es decir, con el actuar del hombre. Una de ellas, la que representa el Mazo, nació hacia el siglo XVI, que era una época en la que el hombre buscaba su propio lugar en el cosmos después de las inquietantes teorías astronómicas que aparecieron por aquellos días. Surgió un humanismo a ultranza, no sólo por lo dicho sino como reacción a la desmedida gratuidad de la salvación que preconizaban los protestantes. Vayamos por partes.

La teoría de Copérnico en la que se afirmaba que no era el sol el que daba vueltas alrededor de la tierra sino al revés hizo consciente a la humanidad de nuestra pequeñez dentro del cosmos. En efecto la tierra gira alrededor del sol, una estrella entre millones y no precisamente de las más grandes. Hasta ahora siempre se había pensado que la tierra era el centro del universo. Este descubrimiento humilló al hombre que no se resignó tan fácilmente. Si nuestro habitáculo es pequeño nosotros somos grandes. Comenzó así un humanismo ansioso para dar al hombre una importancia metafísica que la cosmología le negaba.

En Filosofía fue Descartes el que inició esta batalla. Con su duda metódica sospechó de la existencia de las cosas. Sólo una se le imponía como irrefutable, su propia existencia: "Pienso, luego existo". Esta verdad, ni el menos cuerdo podía negarla. Era la primera verdad. Dudo de todo pero no puedo dudar de que yo exista. Con esto se hacía el centro. Desde ahí fue probando la existencia de Dios y la de todo lo demás. Había nacido el idealismo, la filosofía que miró y cuestionó el mundo durante siglos desde el hombre como centro de todo.

Esta tendencia de la época, virulenta durante el siglo XVI y siguientes, llegó hasta la espiritualidad. También aquí se quiso dignificar al hombre. Con ello nació una perspectiva de nuestra relación con Dios y con su gracia que se llamó "devotio moderna". Esta devoción moderna partía del hecho de que el libre albedrío del hombre era intocable. Si el hombre no era autónomo en su libertad ya no era nada. Hasta el dominio de Dios y su acción gratuita y salvadora era desechada sino coexistía con una intervención clara y determinante del libre albedrío humano.

Hasta entonces, pensando en católico, todos los derechos se le concedían a la gracia. La gracia de Dios actúa en quien quiere, le convierte y le da la vocación o le lleva por los caminos que él quiere. Esa gracia era un don maravilloso y los que la recibían estaban muy contentos y daban gracias y bendiciones a Dios. A nadie se le ocurría pensar que delante de Dios el hombre tuviera algún derecho y, por eso, tampoco se sentía oprimido o coartado por tal gracia. Al contrario, todos buscaban y deseaban tenerla y cuanto más abundante, mejor.

La sensibilidad humanista de la época de la que hablamos no podía tolerar fácilmente tal intromisión divina y menos cuando Lutero acababa de afirmar la salvación gratuita de Dios prácticamente sin intervención del hombre a no ser mediante una simple fe. Lutero deshumaniza de tal forma al hombre que llega a pensar que la naturaleza humana fue totalmente destruida por el pecado y no puede ser reparada ni por la gracia. Es necesaria una nueva creación, de ahí que las obras, méritos, expiaciones y sacrificios no valgan para nada. La nueva creación es gratuidad pura para los que creen en Jesucristo pero en ella el hombre no tiene mérito alguno ya que es pura gratuidad.

Muchos teólogos católicos, hijos de su época, reaccionaron en contra tratando de salvar al hombre y su responsabilidad ante el hecho de su salvación. Idearon la siguiente teoría: Nos salvamos por gracia, lo cual es incuestionable para pensar en católico. Esta gracia viene sobre el libre albedrío o libertad del hombre, mas no de una manera eficaz sino neutral o indiferenciada. No doblega al libre albedrío sino que le presenta los bienes espirituales como contrarios a los bienes del mundo. Es entonces cuando la libertad del hombre sopesa los pros y los contras y, en virtud de ello, elige una cosa u otra. Si elige los bienes de la gracia seguirá actuando su salvación con la ayuda de esa gracia que le libraré de los males y al final le salvará. Si elige el mundo se queda sin gracia y se condena. De esta manera queda salvado el concurso y primacía de la gracia y, por otra parte, la libertad del hombre. Si la gracia no nos presenta los bienes del cielo nunca podríamos elegirlos ya que al ser pecadores nos iríamos siempre tras del mundo.

Los problemas vienen envueltos en las consecuencias de tal teoría. Como la gracia es ineficaz hasta que nos decidamos por ella, nos espera una larga lucha contra el mundo y el pecado. En efecto, para que haya una elección buena, el hombre debe ejercitarse en las cosas del cielo tratando de adquirir toda clase de hábitos y virtudes, empleando su voluntad en todo lo bueno para superar los atractivos del mundo y de la carne. Todo lo que sea sacrificio, abnegación, dominio de sí y superación de lo material y terreno debe de ser objeto de conquista. De lo contrario, no alcanzaremos el nivel que requiere la gracia para elegirla y vivir en ella.

De esto se sigue que la vida espiritual en la piedad popular se va a reducir para la mayoría de la gente a luchar en dos frentes: en primer lugar contra el pecado y no sólo el mortal sino los veniales y toda clase de imperfecciones que nos producen tibieza y estancamiento. Tenemos miles de tratados espirituales que nos hablan de esta lucha contra el pecado. Tenemos también la pastoral popular que ha agravado el pecado hasta límites irracionales: “Si te mueres en la cama esta noche después de haber pecado “mortalmente”, te vas al infierno”. Cualquier persona en su sano juicio no puede achacar a Dios tanta crueldad. No obstante, el miedo, el escrúpulo y la amenaza han estado en el menú espiritual de cada día, pesando como una losa sobre muchas conciencias.

El otro frente consistirá en una lucha a muerte para ganarse la salvación. El pueblo creerá que la santidad está en las virtudes, en los sacrificios y abnegaciones, los cuales serán nuestras credenciales ante el trono de la gracia. Estas virtudes ya son un signo de que estamos eligiendo la gracia que nos va a salvar. Ahora bien, al ser una gracia que depende de nuestro comportamiento, no tiene nada de gracia, ha perdido la gratuidad. La hemos cosificado vaciándola de gratuidad. La hacemos algo que se puede perder o ganar con facilidad, que unos la tienen y otros no, aunque la puedan recuperar, en fin que estamos traficando con ella. Se cuenta que, en cierta ocasión, cayó un ladrillo del techo junto a un cura que estaba diciendo Misa. Al verlo exclamó: “Hay que ver, hasta para decir Misa hay que estar en gracia”. Sin darnos cuenta estamos cayendo de nuevo en la ley, en el voluntarismo y, por ende, en el moralismo. De ahí la

terrible lucha incluso contra las imperfecciones para no perderla. El cielo hay que ganarlo. En definitiva mucha gente pensará que la gracia hay que merecerla con lo cual, en la práctica rozamos de nuevo el semipelagianismo.

De esto se sigue que inflamamos la justicia de Dios en contra de cualquier piedad, nos inventamos miles de ofensas contra Dios, sobre todo en la castidad, le hacemos juez inmisericorde. Parece que todo es pecado. Se sacralizan las normas para que obliguen bajo pecado y graven las conciencias. Todo es moral, examen de conciencia, meditaciones, directores espirituales. Los cuatro últimos siglos, época de vigencia de esta teoría, se han multiplicado los manuales de Teología moral y la casuística hasta el infinito⁵.

Pues bien, esta es la teología del Mazo y la pastoral en la que fue educada la gente de mi tierra. El catecismo de Mazo está escrito con un apasionamiento desbordante. Nunca, creo yo, le pasó por la cabeza que las cosas pudieran ser de otra manera. La seguridad que da el tener las cosas claras le daba alas. Estaba segurísimo de su fe y transmitía a los lectores su entusiasmo. Sin embargo, la consistencia de estas doctrinas ha vaciado a las iglesias de gente y está dando la sensación a muchos de que la Iglesia se muere cuando lo que está pasando es que se está renovando. Como decían los marxistas, duros ellos, a lo que está cayendo hay que empujarlo.

E) La gracia gratuita

Hay otra forma de relacionar la gracia con la naturaleza y el actuar del hombre que nos conduce a consecuencias muy distintas de las señaladas en las líneas anteriores. Esta forma descosifica la gracia y la hace gratuita. En palabras de San Agustín suena así: “la gratuidad es la acción de Dios por la que en su inescrutable sabiduría, visita a los hombres

⁵ Os invito a leer el último capítulo del nuevo libro de Vicente Borragán titulado *Llamados a una vida nueva*, San Pablo, 2011, 216 pp. Todo el libro es magnífico pero el último capítulo capítulo *Vivir en gratuidad*, pag. 169, ayuda de una manera especial a entender lo dicho aquí y lo que diremos en la última parte.

con independencia de sus esfuerzos y sus méritos y les impulsa amorosamente hacia el bien". Este pensamiento le devuelve a Dios la libertad para ser Dios y dar a cada uno misericordiosamente lo que él quiera. Entramos en la forma más genuina de la salvación en la que Dios quiso que Jesús, el hombre Jesús, nos amara cuando no teníamos méritos y éramos enemigos, cargando con todos nuestros pecados.

Hay una teología, que yo aprendí en los dominicos, que se centra en Dios y en Jesucristo. No se centra ni el hombre ni en su libre albedrío, ni en sus acciones, comportamientos o pecados. La ecuación ascesis igual a santidad no es dominicana. Centrarse en Dios quiere decir que se le da la primacía, que todo viene de él, que el hombre no es bueno por amar a Dios sino que, en palabras de Santo Tomás de Aquino, es Dios el que, al amarnos, nos hace buenos. Todo comienza en el Padre que nos da su Espíritu por medio de Jesucristo, un hombre con personalidad divina. El Espíritu Santo nos viene por medio del hombre Jesús que nos redimió en su cuerpo de carne (Col. 1, 22). Como dice San Juan. "El amor no consiste en que nosotros amemos a Dios sino en que él nos amó primero"(1Jn, 4).

De acuerdo con esta panorámica bíblica la teología dominicana nos habla de que Dios mueve todas las acciones del hombre tanto físicas como sobrenaturales. Él es el primer motor de todo. Hay, por tanto una premoción física y una acción previa en los actos de gracia. La gracia de Dios no se merece sino que previene al hombre sencillo y sin racionalismos. Viene de una manera eficaz, de modo que Dios no te prepara para que tú elijas la conversión sino que te convierte. La conversión y la fe son actos sobrenaturales que suceden en ti por efecto de la gracia. Tú puedes hacerte el sueco o rechazarla pero si la acoges obra en ti como sucedió en María cuando pronunció su "fiat" o hágase. Todos los hombres reciben suficiente gracia durante su vida: unos de una manera consciente, otros de otras maneras, si bien es posible que no todos la acojan. Todo el proceso de nuestra salvación es actuado por Dios; en el cielo sólo habitará la gloria de Dios.

Lo importante es que esta gracia de Dios no destruye la naturaleza del hombre sino que te hace más hombre, ni la sustituye de modo que no

anula tu compromiso. La operación acaece de esta manera: Dios al obrar en ti con su gracia crea en ti la libertad para acogerla. La libertad consiste en la capacidad de elegir según tu voluntad y tus deseos sin ser coaccionado por nadie. Dios al crear en ti la libertad hace que tú desees lo que la gracia te inyecta. Pronto te das cuenta de que lo que Dios obra en ti es lo que deseas en lo más profundo de ti mismo y, de esa manera, te sientes libre bajo la gracia. Jesús dijo: “La verdad os hará libres”. Sólo la verdad nos hace libres; el pecado nos mantiene en la esclavitud. Dios, pues, con la gracia te regala un cambio de mentalidad, te encamina hacia la verdad y te hace un hombre mucho más consciente de lo que eres. Los que no obran bajo la gracia vegetan en una búsqueda de libertad con contenidos estériles sin llegar nunca a alcanzarla.

La gracia tampoco anula tus compromisos u obras. Al contrario, te motiva enormemente pero en la línea de la verdad descubierta. Por eso las obras que harás son obras de salvación, no para salvarte. Proceden ya de la gracia que te está salvando. No necesitas estar toda la vida luchando y esforzándote para llegar a una salvación que ya te ha llegado. Tu vida y tu crecimiento proceden y progresan más por la alabanza y acción de gracias que por cualquier esfuerzo de tu voluntad. Tus obras, las que realizas para ser bueno, son más bien un estorbo.

El tema es que para vivir este cristianismo y llegar a la santidad Santo Tomás nos dice que es necesaria la presencia de los dones del Espíritu Santo⁶. Es decir, es necesario vivir a nivel de don. El Aquinate dice que a esto se llega con el perfeccionamiento de las virtudes pero esto es una cesión a la presión semipelagiana de su momento. En los grandes movimientos actuales está suficientemente probado por la experiencia que la mística es anterior a la ascética. Tal vez sean cosas de ahora, pero lo son. La visión dominicana cobra su plenitud cuando Dios reparte su don no a los que lo han conquistado a base de ejercicios virtuosos sino mucho más gratuitamente a muchos pobres y tirados que coinciden con los

⁶ I-II, 63, ad 4; 3, 2; III Sent. 34-36.

publicanos y prostitutas del evangelio. Estamos viendo cada día cómo Dios renueva su Iglesia con los más pobres y pequeños.

El Espíritu Santo quiere que en estos tiempos su gracia sea completamente gratuita para poder seguir derramándola, como dice Jesús en el Evangelio, a los pequeños y sencillos y a los que están dispuestos a nacer de nuevo. El Papa Benedicto no les predicó a los chicos de la JMJ de Madrid virtudes o morales sino un encuentro con Cristo dentro de la Iglesia por obra del Espíritu Santo. Esta predicación supera en calidad mil leguas a lo escrito en el Mazo y a todas las posturas anteriores de las que hemos hablado.

Algunos podrán pensar que esta postura de gratuidad no asume la cruz ni los grandes compromisos. La gracia o el Espíritu Santo, como se dice más ahora, te lleva a Jesús y, en estos tiempos, de una manera especial a la humanidad de Jesús. Por este Jesús pasó toda la salvación de Dios para el mundo. Esa salvación o esa gracia pasa ahora por todos los que le siguen más de cerca. Es gratuita pero sucede en nuestra carne y en nuestros actos. La fidelidad a este don es la única cruz verdadera. Esta fidelidad va a darse en tu historia, es decir en tu vocación, en tu comunidad, en tus problemas, carencias, enfermedades, debilidades y pecados, en tu vida y en tu muerte. La fidelidad a esta gracia hace posible la santidad que procede de Dios.

El pecado en esta espiritualidad no es acerbo ni condenatorio. Existe, por la debilidad humana, pero la gracia, si eres fiel, hará que no quieras vivir de él y para él y, entonces tendrá poco dominio sobre ti aunque lo cometas. Se te transformará en cruz o pobreza ya que no lo desees. Tu vida, por lo tanto, se verá libre de un peso grande. Y tu imagen de Dios aumentará en bondad hasta el infinito, con lo que te saldrán ganas del alma de alabarlo y bendecirlo. Te aceptarás más a ti mismo, a tus pobreza e imperfecciones. Se te acabarán los escrúpulos porque sabes que Cristo ha cargado con lo tuyo.

Tus cruces, que las habrá, serán cruces pero gloriosas. Ya han sido vencidas por Jesucristo que les ha quitado su aguijón más ácido y

torturante. Desaparecerá de ti el agobio de la salvación y estarás mucho más apto para la fiesta y el amor a los demás. La comunidad, cosa que no existía en las anteriores posturas, hará tus delicias donde el mismo Señor te atraerá con lazos humanos como dice el profeta Oseas (Os 11, 4). Amarás mucho más la vida, el haber nacido y, en la diversión, serás mucho más divertido, menos serio, más consciente de que el mundo entero es tu casa porque Dios te la regala ya que eres hijo.

Finalmente, por no alargarme, amarás la religión y no la vivirás como si estuvieras de por vida condenado a estar encerrado en el armario. Serás mucho más valiente para enfrentarte y reírte de las fuerzas del mal y mucho más capaz de dar testimonio ya que lo das desde la seguridad de estar salvado por Cristo. Nadie podrá arrebatarte tu alegría y optimismo. Esta visión del cristianismo no es básicamente conceptual sino vivencial y contra tu experiencia más honda ¿quién te podrá argüir? Aún los días en que te sientas más crucificado notarás la paz honda que te habita.

Madrid, octubre 2011